

Hasta donde el pueblo llegue

Margarita López Maya

El domingo pasado, en el Zócalo de ciudad México, la plaza más imponente de América Latina, multitudes provenientes de todo México se reunieron para darle apoyo al candidato del PRD, Andrés Manuel López Obrador, cariñosamente conocido como el Peje, en su denuncia del resultado electoral. Dice la prensa que fue la concentración popular más grande de la historia mexicana.

Esta concentración me recuerda otra ocurrida en Venezuela, en la plaza Caracas, frente al Consejo Supremo Electoral, en diciembre de 1992. Estuvo motivada por el rumor que crecía insistentemente en la ciudad de que Aristóbulo Istúrriz, de La Causa R, había ganado la alcaldía Libertador, y a través del famoso recurso de “acta mata voto” estaba por ocurrir un fraude electoral para favorecer al entonces hegemónico partido AD. En esas horas de tensión, el CSE llamó a los candidatos para que firmaran un pacto de respeto al resultado oficial cualquiera que éste fuera. Aristóbulo respondió: “yo no firmo nada, lo único que hay que respetar son los votos de la gente”. La gente esperó en la plaza y horas después Aristóbulo fue declarado vencedor.

Las instituciones electorales se tambalean cuando -como ahora en México- ocurren cambios en las relaciones de poder de una sociedad. Aunque el IFE mexicano es una institución más digna que la electoral anterior, que por décadas fue instrumento para el dominio político absoluto del PRI, y protagonizó, entre otros escándalos, el fraude presidencial contra Cuatémoc Cárdenas, desde hace meses es evidente su fragilidad como árbitro. En mayo tuvo que expulsar a uno de sus altos funcionarios porque mandaba por Internet propaganda “oficial” contra López Obrador. El PRD no tiene representación en el IFE, mientras el PAN y el PRI sí. Sumen a estas debilidades, los sondeos preelectorales que anunciaban empate técnico entre PAN y PRD, y el anuncio del IFE de una ventaja final del candidato panista menor a un punto porcentual, y se entenderá que la multitudinaria y pacífica concentración sólo confirma la

legítima inquietud popular sobre los numeritos finales. López Obrador ha argumentado con evidencias tangibles que no hay correspondencia entre actas y votos. También ha alegado enviciamiento del proceso electoral desde sus inicios, por la constante injerencia del presidente Fox a favor de Calderón, y la descalificación permanente contra él por parte de instituciones y candidatos, etiquetándolo de “peligro” para México, y accionando estrategias como el grosero “desafuero”.

Curiosamente, la prensa venezolana, le ha dado moderada importancia a la histórica concentración que pide se abran las papeletas y se cuente “voto a voto”. Haciéndose eco de la prensa internacional resalta declaraciones sobre la necesidad de que se respeten las “instituciones”; que López Obrador es un mal perdedor, que está poniendo en riesgo la joven democracia mexicana. ¿Y si la situación hubiese sido al revés? ¿Si Calderón estuviese perdiendo por medio punto porcentual y hubiese convocada una manifestación en el Zócalo? ¿Sería más legítima la petición de contar los votos?

Las declaraciones del Peje, lo mismo que en su momento las de Aristóbulo, anuncian tiempos de cambio para su país. Entendiendo el momento histórico y su responsabilidad ante él, al cerrar su discurso del domingo López Obrador asentó: “llegaremos hasta donde llegue el pueblo”. Ni más ni menos.